

A Rubén Darío.

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿Dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
Corazón asombrado de la música astral,
¿Te ha llevado Dionysos de su mano al infierno
Y con las nuevas rosas triunfante volverás?

¿Te han herido buscando, en soñada Florida,
La fuente de la eterna juventud, capitán?

Que en esta lengua madre tu clara historia quede.
 Corazones de todas las Españas, llorad.
 Rubén Darío ha muerto en Castilla del Oro,
 Esta nueva nos vino atravesando el mar.

Pongamos, españoles, en un severo mármol
 Su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:
 Nadie ésta lira tañía si no es el mismo Apolo,
 Nadie esta flauta suene si no es el mismo Pan.

ANTONIO MACHADO.

San Rubén Darío.

(Para mi muy querido Amado Nervo.)

Como la estrella en la frente del
 Centauro, la nueva gema nació en
 el pecho del Cisne y fué anunciada
 por un terremoto.

Traed las griegas ramas del acanto
 Para mezclarlas con laurel sombrío,
 Donde desgrane su cristal el llanto;
 Y venid a adorar a nuestro santo
 Que está en el cielo, San Rubén Darío!

La cítara, el salterio y el oboe
 Digan sus himnos suaves y supremos;
 Su copa taumaturga vierta Cloe;
 Ardan la mirra, el nardo y el aloe,
 Y venid en silencio, y adoremos.

Tuvo una gema de fulgor profundo
 En las manos marquesas de su hastío;
 Y su mirada no era de este mundo...
 ¡Vino del alba y fué meditabundo
 Y misterioso, San Rubén Darío!

Tembló su nombre entre las piedras raras:
 Su nombre, lo más puro que tenemos,
 Pues no lo tienen ni las noches claras.
 Hay muchos incensarios en las aras,
 Y venid en silencio, y adoremos.

Scherazada de enlutado viste,
 En el Trianón el cisne tiene frío,
 Y la Princesa pálida aun existe;
 Y el Señor Jesucristo estaba triste
 De no mirar a San Rubén Darío!

Mas lo llevó el Señor a sus jardines
 Y exclamó en la penumbra:— «Descansemos.»
 Y esto decía un astro en los confines;
 Y venid coronados de jazmines
 Y de piedras preciosas, y adoremos!»

Una rosa, entre todas las criaturas
 La más rosada y llena de rocío,
 Elevó su trisagio de blancuras:
 «¡Abran sus labios mis corolas puras
 Para alabar a San Rubén Darío!»

Con su candor la gema nemorosa
 Clamó: «¡Qué raro ese fulgor que vemos!
 Somos lo que refulge y que reposa;
 Pero por ese verso y esa prosa,
 Temblamos de rodillas, y adoremos!»

«Porque Psiquis te tuvo entre los presos
 De su torre mortal, y fuiste mío
 A pesar de la arcilla de tus huesos,
 Pues sabías las lágrimas y besos,
 Dijo una niña: San Rubén Darío!»

«En tanto viva mi celeste mito,
 Y estén al sol mis proras y mis remos,
 Tendrás el cráneo lleno de Infinito.»
 Cantó un cisne, y al eco de su grito
 Contestaron los cisnes: «Y adoremos.»

La miel: «Soy lo que admira y que comprende.»
 El llanto: «Supo del misterio mío.»
 El agua: «Mi clareza no se vende.»
 Y el champán: «Soy el alba que se enciende
 En las brumas de San Rubén Darío!»

Y la palabra en su cristal de encanto
 Sollozó: «Sus cariños no tenemos.
 Porque en Mí luchan el dragón y el santo,
 Y Él los vencía...» Y agregó en su llanto:
 «¡Ardamos en lo oscuro, y adoremos!»

«Para quien no lo ensalce», el anatema
 La seda fulminó contra el impío.
 El oro: «En sus blasones fuí un emblema.»
 Y la lira, la urna y la diadema:
 «¡Alabemos a San Rubén Darío!»

Y el Señor Jesucristo que entendía
Los himnos laudatorios y supremos,
Al coro de los seres respondía:
«Venid los que lo amabais. Soy el Día,
Y la Mirra en el Ara, y adoremos.»

RAFAEL HELIODORO VALLE.

Guatemala, 1916.

A Rubén Darío

en su última peregrinación.

En el fatal transcurso de la noche homicida
Han quebrado las Parcas la hilaza de una vida;
Prestigio de los dioses, de las Musas amor;

Las cenagosas aguas del lívido Aqueronte
Cruza entenebrecida la barca de Caronte
Llevando el simulacro corporal del Cantor.

Sereno va: no arredra su espíritu lo arcano;
Ya, en juveniles horas, el Griego y el Toscano,
Por gracia de los Números, descendieran con él;

Ya el óbolo debido pagó al fatal barquero,
Y en las hambrientas fauces del triple Cancerbero
Ha arrojado los panes de adormidera y miel.

Es tan hondo el silencio, tan profundo el misterio:
La soledad se abroga su temeroso imperio
Y las tinieblas hielan un funeral sopor;

Silenciosa la noche, silenciosa la charca,
Silencioso el bichero que da impulso a la barca...
¡Ni el oído más brujo percibiera un rumor!

La obscuridad redonda su aparato nocturno.
Adivinase el pálido rebaño taciturno
De sombras impalpables, en vagoroso errar.

El aire subterráneo, del vacío remedo,
Tiene las inquietantes frialdades del miedo,
Y hasta al poeta mismo se le ha visto temblar...

Mas al momento el germen original le inspira,
Y sus dedos recorren la multicolorde lira
Que arrebatada vibra con elocuente son;

Nace una forma nueva del estro siempre encinto,
Y vuela por los ámbitos del avernal recinto
El fugaz aleteo de una alucinación.

Despiértanse los manes, del eternal reposo
Y trémulos acuden al foco melodioso,
Presos del bebedizo violento del cantar.

Y la palabra aérea rueda en las soledades,
Riza sobre las aguas, truena en las oquedades;
Y en las soturnas bóvedas se estrella como un mar...

¡Oh sortilego hechizo del lírico momento!
¡Oh poder formidable del mágico instrumento
Y Normas inviolables que urdisteis la canción!

Por vez segunda vieron las ondas del Leteo
Desarrollarse el mito plutónico de Orfeo
Y operarse en sus antros una transmutación.

Y es encendida, ahora, la mansión tenebrosa;
Por el influjo rítmico tórnase luminosa
Y amplias sonoridades por el ambiente van:

Del Universo antiguo surge un nuevo Universo,
A sus cubiles hoscos huye Carón adverso
Y el remo, ahora florido, bate el divino Pan...

La quimérica nave trasunto del destino,
Al arranque animoso del remero caprino,
Surca el agua, ligera cual esquite sutil;

Y más que hacia el Averno, naufragio de los seres,
Parece que acomete la ruta de Citeres,
A una venérea fiesta dionisiaca y gentil.

Los verdinosos juncos, las negras espadañas,
Los limos corrosivos y las infectas cañas
Reviven a una vida fragante y floreal,

Y dicen robledales y hayedos su prestancia;
Las mazorcas de Ceres pregonan la abundancia,
Y el triunfo de Pomona canta el árbol frutal...

Y acuden a las márgenes bandadas de palomas,
Los satirillos jóvenes muerden las verdes pomas,
Regustando, golosos, su agridulce acidez;

Y en el baño, sorpresa por la voz extrahumana,
Olvidando sus velos, la cazadora Diana
Muestra a todós los ojos su intacta desnudez.

—¿Dónde van los viajeros? ¿Hacia qué sirtes
[bogan?
Bestezuelas y genios, curiosos se interrogan,
Puestas sus inquietudes en la interrogación.

Y un fauno milenario de melenas espesas,
Que aun gusta de las vides y de las satiresas :
— ¡Por Baco, que es insólita tal peregrinación!...

Y la pregunta cunde por el haz dilatado :
— ¿Busca la húmeda gruta o el jardín perfumado
Donde acampan las dríadas en setos de arrayán?

¿Va en pos de las adelfas donde Edgardo reposa,
O al prado de esmeralda que cubre el laurel-rosa
Donde, ha tiempo, le esperan Hugo y Pobre Lelián?

—Yo sé el gentil secreto—dice una ninfa bella—;
Sabed que este adamita del corazón de estrella
Concurrió en el enojo del divo flechador,

Por yo no sé qué cuento de una Musa raptada
Y de un viril ensayo sobre la hierba hollada
Sin miedo a las saetas de Apolo vengador...

— ¡La sangre primigenia del floral sacrilegio
Le dió del armonioso poder el privilegio! —
Dicen, mientras la nave se hunde en la eternidad.

Detrás quedan el tedio, la tristeza y el lloro;
Mas vaga en el silencio como un temblor sonoro
Y flota en las tinieblas una astral claridad...

ORACIÓN

Rubén : Arca del sacro pensamiento latino.
 Tu índice iluminado nos señaló un camino,
 Mas era sólo tuya la inmaterial virtud.

Ritos y formas nuevas buscó tu poesía...
 Maestro : Al fin hallaste la perfecta Armonía :
 ¡La última pauta lírica reposa en tu quietud!

Perdona si el poeta loco o irreverente
 Puso un pagano mirto sobre tu helada frente
 Y vertió, en vez de lágrimas, *rocío, vino, miel...*

Que al exprimir la viña sabrosa de tus días,
 Vió cómo a los cipreses las rosas preferías
 Y al funerario sauce, los brotes del laurel!

Llore el ciprés al muerto, no al que es eterno y
 [fuerte.

La pena de los dioses es no alcanzar la muerte,
 Clamó tu boca un día, soberbia de ideal :

No fué el tuyo el destino de los demás humanos :
 — Thanatos y el Olvido son logaritmos vanos —
 ¡El Verbo, la substancia del Dios, te hizo inmortal!

TOMÁS MORALES.

Febrero de 1916.

FIN